

GLOSAS Y COMENTARIOS

RIQUEZA Y POBREZA EN PAPINI

SUMARIO: *Ha muerto "el mejor escritor italiano de nuestra época", según "L'Osservatore Romano".—Su vida y su producción literaria son, sin embargo, una selva intrincada.—"Yo he nacido con la enfermedad de la grandeza", decía Papini.—Algunas desviaciones lamentables.—Sentido "edificante" de estas afirmaciones sobre la riqueza y pobreza en Papini.—Su Historia de Cristo, expansión de su corazón apasionado y sincero.—Cómo dió Papini con la idea de las Cartas de Celestino VI a los hombres.—Diatribas contra las riquezas: las riquezas son un mal; indigencia lamentable de los ricos; la riqueza es un castigo; el ansia de riquezas rebaja y degrada; los ricos son pobres en su riqueza; la mayor pobreza de los ricos es no ser amados; el rico no puede pensar en el alma.—El olvido de la caridad. Alabanzas de la pobreza; la pobreza es un bien; la pobreza practica la imitación de Jesucristo; la pobreza hace felices en la tierra; el despojarse de las riquezas no es pérdida; se ha perdido en cambio la verdadera tabla de valores.—Papini se acerca a la muerte con gran serenidad, purificado por el dolor. Muere confesando a Cristo.*

A mediados de julio último murió Giovanni Papini, "el mejor escritor italiano de nuestra época", según "L'Osservatore Romano", en su breve nota necrológica; muerto Pirandello, el literato italiano más universal y sugestivo.

Su vida y su producción literaria son una selva intrincada; recorriendo una y otra salen al paso todas las sorpresas, las posturas más extremas, en el odio y en el amor...; no por volubilidad blanda, sino por extremismo de carácter: no sabe de medias tintas, de afirmaciones desvaídas, de intrascendente marginar la historia. Terriblemente sincero, cabe el verle retratado en sus obras; tal vez sin querer, sin pretenderlo, deja en ellas retratos auténticos suyos: lo que es, lo que fué, o lo que hubiera sido de situarse en condiciones como la de algún personaje excéntrico. *Hombre acabado* es un libro escrito al comienzo de su vida literaria: "es la melancólica vida de un hombre que quiso convertirse en Dios", caminando por todas las veredas del absurdo para

llegar al ateísmo integral y perfecto. Entre sus páginas encontramos afirmaciones que son sus primeros retratos:

"Yo no he sido nunca niño —dice tajantemente—, no he tenido infancia. Cálidos y rubios días de embriaguez pueril, largas serenidades de la infancia... no los conozco o no los recuerdo. Desde chico me he sentido tremendamente solo; recuerdo que una tía joven me puso el remoquete de "viejo" a los seis o siete años, y que todos los parientes lo aceptaron. Y un "viejo" y un "hurón", pensativo y tímido he sido. Desde entonces lo mejor de mi vida estaba dentro de mí; amputado del afecto y del contento, me encerraba en el rumiar solitario del mundo rehecho a través del yo" ("Medio retrato", en *Hombre acabado*).

Se sintió empujado al ensimismamiento, la soledad, buscando la compañía de los libros, a los que amó apasionadamente, con desorden, como llegaron a sus manos. Entre ellos perdió la fe; en la inquietud juvenil, con ideas de un liberalismo radical, se dedicó al periodismo. Con "repugnancia por todas las creencias, por toda las formas de vasallaje espiritual", de negación en negación creyó meta alcanzada al ateísmo integral. Pero... después de "haber errado por todos los caminos del espíritu" cayó un día a las plantas de Aquel a quien había odiado. Terminada la guerra europea de 1914-18, se dió su conversión ruidosa al catolicismo, conversión apasionada: "He sido de esos para quienes lo poco o la mitad no cuentan. ¡O todo o nada!" ("Del todo a la nada", en *Hombre acabado*). Y a la fe llevó los mismos ardores, los mismos entusiasmos con que la combatió durante varios años. Y siguió manejando la pluma como una espada, o restallándola como un látigo.

Lo grande le subyuga, le apasiona, le pone fiebre en el alma y en la pluma: "Yo he nacido con la enfermedad de la grandeza". Y no con voz de optimismo, sino de amarga postración al sentirse incomprendido: "Tened piedad de este pobre hambriento de grandeza". Las figuras relevantes de la Historia, los grandes acontecimientos de la misma, tienen consagradas las mejores páginas de su producción: "Espíritu de azogue, azogadamente dió Papini, cuenta de él y de su tiempo. Buscador de los más ocultos y profundos metales del abismo humano y perseguidor de los más altos vuelos del hombre, atraído por todo lo espantable o gigantesco, por todo lo extraordinario y lo misterioso de la naturaleza, explorador de las fronteras últimas de lo humano, no encontró en su vivir y en su crear nada, ni cumbre, ni sima, que pusiera flaqueza y desmayo en su ánimo" (Capmani, en "Arriba", 9 de julio).

"Soy especialmente deudor a vosotros, poetas, que me llevasteis, como Satanás, a las cimas de las montañas... Y a ti, padre Dante, debo el afán de los paraísos y el gesto violento y plebeyo de los desdenes magnánimos; a ti, Leopardi, hermano, la voluptuosidad del dolor sin refugios...; y tí, Shelley..., la animación patética de la naturaleza;

a ti, paterno Beaudelaire, el perverso e inolvidable gusto de las maldiciones y los abismos sin salida y sin celo de la miserable vida de la carne...; a ti, Heine, la risa sonora de la tristeza...; a ti, Carducci de Maremma, los zarpazos de león que no descansa y el deseo de los torbellinos aquilinos, de las revoluciones intransigentes..."

Esas son algunas de sus fuentes equivocadas: los amigos de la época atormentada. Después se entusiasmaría con San Agustín, "Los Operarios de la viña", y el eterno Modelo, la Belleza y Verdad increada, Cristo. También los grandes hechos le arrebatan. El Juicio Final, por ejemplo, que describe o al que alude repetidas veces en *Descubrimiento espiritual*, *Historia de Cristo*, *Hombre acabado*, en donde, en un fingimiento del *Dies irae*, ante el retardo del juicio, oye la voz de toda la humanidad, que ha sufrido, y esperado y amado y quiere ser juzgada: la incertidumbre de la espera era más temible y dolorosa que un infierno: ¡Cristo! ¡¡Cristo!! ¡¡¡Cristo!!!

Que sus escritos primeros, los de la atormentada juventud, no tengan nada de edificantes, a nadie le extrañará. Su disfrute artístico se paraba en la contemplación naturalista de las venus de Tiziano y Boticelli; hasta que más tarde cayeron las escamas de sus ojos, Papini, el desesperado, vió cómo de las ruinas de su ateísmo, con orgullo destruído, surgía renovada la fe primera que había de conservar sin desmayo, hasta que los últimos años cayó en la celada que el Tentador le tendió para que hablara con interpretación demasiado piadosa del orgullo satánico y del eterno castigo infernal. La Iglesia procedió con verdadero amor comprensivo; no le condenó, pero el libro fué retirado de la venta.

* * *

Pasamos a lo que justifica el recuerdo en estas páginas del "terrible espía" del mundo, siempre al acecho de fealdades patentes o fariseísmos encubiertos. En estos tiempos difíciles, de preocupación social en unos y de cómo inhibicionismo en otros, tal vez no resulte tiempo perdido el inquietar con unas cuantas frases hirientes del hombre del aire violento y provocador, en un noble afán de justicia. No pretendemos así canonizar sin condiciones, y sabemos que no entran sus citas en la categoría de la Patrística. No cataloguemos de modelo sin más sus escritos. Porque puede que él mismo respondiera con el prólogo de la *Historia de Cristo*: "Este libro quiere ser un libro —la risotada está prevista— de edificación". A continuación aclara: "No ya en el sentido de beatería mecánica, sino en el sentido humano y viril de renovación de las almas". Y aprecia en su valor esta obra: "Edificar una casa es una acción santa y grande: es dar un refugio contra el invierno y la noche, un ascender a lo alto. ¡Pero edificar un alma es

construir con piedra de verdad! Edificar una casa, un libro, un alma, son trabajos que comprometen a todo un hombre y todas sus responsabilidades!" Y todavía insistiendo: "Este libro quisiera edificar (construir) almas cristianas, porque ésta le parece al escritor en este tiempo, en este país, una necesidad que no admite dilaciones". Sin jactancia, reconoce él mismo la fuerza apologética del "ejemplo de un hombre que después de tanto desbarrar, soñar y delirar, vuelve a acercarse a Cristo; tal vez no tiene solamente una significación privada y personal".

El tema que enunciamos le desarrolla sobre todo en sus libros "serios"; aunque también le dedica sus capítulos en el atormentado y excéntrico Gog, en las fantaseadas visitas a hombres del negocio, de la política o de la sociedad: Ford, Lenin, el español Duque de Salva-tierra.

* * *

Con la *Historia de Cristo* busca la expansión de su corazón bul-lente, expiar y "hacer bien". El prólogo es de lo más sincero: conmo-vedor cuando piensa en sus antiguos compañeros de desvío, a los que quiere ofrecer un retrato de Cristo no falseado por la ignorancia o la malicia. Pero que no le crean acobardado de la lucha, o adormilado en beatífica senectud: declara que no ha vuelto a Cristo por cansancio; antes bien, comienza para él una vida más difícil y una obligación más fatigosa. Pero este hombre, vuelto a Cristo, ha visto a Cristo traicionado y, lo que es más grave, olvidado. Y ha sentido el impulso de recordarlo y defenderlo. "En aquel tiempo de fiebre y orgullo, el que escribe ofendió a Cristo como pocos lo habían hecho antes que él". Y ahora, "empujado por una fuerza más fuerte que él, empezó a escribir este libro que le parece insuficiente expiación de aquella culpa"; "si el autor escribió otro libro, años ha, para cantar la melancólica vida de un hombre que quiso por un momento ser Dios, ahora, en la madurez de los años y de la conciencia, ha intentado escribir la vida de un Dios que se hizo hombre". ¿De dónde le nacen estos ímpetus ardorosos? Una explicación psicológica suya, que parece confirmar la historia de los prodigios: "Ha sucedido frecuentemente que amen más tenazmente a Jesús los que antes le odiaban. El odio, a veces, no es sino amor imperfecto e inconsciente, y de todas suertes, es mejor noviciado de amor que la indiferencia". Hacer bien a los camaradas del error. Su alma inquieta, empeñada en dar coces contra el agujón, parece adivinar el porvenir cuando años antes y en plena "oposición" escribe: "Yo quiero hacerme un alma grande. Sé que no viviré sino esta vez, quiero vivir bien. La vida de todos vosotros me disgusta. Quiero ser grande o matarme. No hay otra elección para uno como yo. Tengo necesidad de estar más arriba que vosotros, para que vosotros subáis más aún" ("El Perfecto", en *Hombre aca-*

bado). Naturalmente que omitimos las bárbaras expresiones que acompañan al párrafo citado.

* * *

¿Cómo dió el escritor con la idea de las *Cartas de Celestino VI a los hombres*? Fingimiento histórico, pero de alcance emocional y trascendencia y de gran habilidad literaria.

A Papini le quemaba la sangre el ver el espectáculo de un mundo desorientado: pobres amargados, ricos escandalosamente desafiantes, irresponsables dormidos en la inoperancia. ¿Qué hacer? "No puedo seguir callando. Demasiado aguardé. El dolor infinito del mundo se acumula y fermenta en mi alma de padre y quiere que mi voz sea su voz. Si no habla el que representa a Cristo en la tierra, ¿quién hablará? Muchos hay que murmuran, susurran, gritan, discuten, razonan y deliran, pero en parte alguna oigo elevarse una voz, pronunciarse una palabra que resplandezca con la luz pura del espíritu, que mane esa sangre caliente que brota directamente del corazón. Demasiado aguardé. Tengo obligación de hablar, tengo derecho a hablar, y hablaré" (Carta "Al pueblo cristiano".)

Hay en el fingido texto pasión, sacudidas a las conciencia; pero siempre con luz orientadora, dedicado como está "a los hombres, con desesperada esperanza". El Papa no es la hierática figura de vida misteriosa y celada; es el padre que se comunica con sus hijos, y les adoc-trina, pensando preocupado en su eterna salvación. El amor y el dolor le dictan los conceptos. Por lo demás, "el traductor" de las Cartas nos dirá en el prólogo que el Papa "dejó fama de sabio y amoroso, animado por firmísima fe, y tan intrépido que, en ocasiones, pareció incluso temerario a los ojos de los pusilánimes, en su defensa de la verdad. Celestino VI vivió en una época terrible, procelosa y sangrienta —*bastante parecida a ésta en que vivimos*—, cuando parecía como si Satanás... estuviese haciendo un esfuerzo supremo para precipitar al género humano en la desesperación omnícida y en la destrucción de todo lo que sostiene e ilumina la vida. Parecía entonces, como ahora, que los hombres, sacudidos y trastornados por terribles furores de tétrica demencia, hubiesen olvidado o renegado de todo sentido de justicia, de todo impulso de amor".

Puesto que "la misma fe en la Redención vacila", con palabras de amonestación, de enfado, pero sobre todo de afecto, se dirige a todos los posibles responsables: la misma Iglesia, por no salir, o encerrarse; el Papado, durante tiempo "esclavo de los bárbaros, de los emperadores, de la razón de Estado, lo que es locura suma en el orden espiritual: estaban llamados a ser los virreyes de Dios y se contentaron, a veces, con ser plácidos dueños de un rebaño heredado y domesticado a medias, custodios prudentes de un mediocre *statu quo*". Los sacerdotes, con peligro a veces de quedar en simples empleados, en mediocres en

su vida espiritual, y hoy se necesitan santos; los monjes, frailes, teólogos, estadistas, gobernantes, ricos y pobres.

* * *

¿Podríamos afirmar que Papini tiene una ponderada serenidad para hablar de riqueza y pobreza? ¿Mucho menos que sea realidad en él lo que pone en labios del Papa Celestino VI: "hablaré como el Padre me inspira, como el Hijo me enseña, como el Espíritu Santo me ordena"?

Nos dan casi respuesta negativa las frases duras de "Misericordia", en *Hombre Acabado*, capítulo desabrido que tal vez responde a una realidad odiada, por estrechez económica o incompreensión moral, un tiempo que dejó resabio, poso amargo: "En aquellos tiempos era pobre, decente, pero atrozmente pobre (he odiado siempre, y aun hoy, a cuantos han nacido junto a las carteras llenas, a los que han podido comprar casi siempre lo que han deseado), era burguésmente pobre, sin hambre y sin frío, pero sufría."

Tiene, con todo, el capítulo un final alentador y muy de Papini: no mendiga lástimas de nadie: "Sin embargo, no me lamento de aquella miseria, ni me avergüenzo de las humillaciones pasadas. La facilidad de la vida me habría hecho tal vez más cobarde, menos apasionado y al fin, más pobre. La amargura continua de quien no tiene y no puede tener, me ha alejado de los demás y ha constreñido mi espíritu con el laminador del dolor, que le ha hecho más pulido, más afilado, más digno". Sin duda hay que tener presente todo esto para justipreciar sus afirmaciones. Entre otras, las siguientes:

Las riquezas son un mal. Así, tajante. Porque quitan la libertad al hombre. "Los metales, pesados medidores de la riqueza, son un peso para el alma, un peso que arrastra hacia el fondo. El brillo del oro hace olvidar el esplendor del sol... Quien se apega al metal, se esposa con la tierra y permanece unido a la tierra: no conoce al cielo y el cielo no le reconoce. ("Ovejas, serpientes y palomas", en *Historia de Cristo*.)

Dos capítulos especialmente duros, sacudidos, de trallazo tras trallazos, de ideas insostenibles a veces, si se toman al pie de la letra, hay en la *Historia de Cristo*: "Mammon" y "El estiércol del demonio". En ellos se encuentran todavía expresiones más condenatorias; por ejemplo: "Jesús nunca tuvo necesidad de restituir porque nunca tuvo una moneda. La moneda lleva consigo, juntamente con la grasa de las manos que la han cogido y sobado, el contagio del crimen. De todas las cosas inmundas que el hombre ha fabricado para ensuciar la tierra y ensuciarse, la moneda es acaso la más inmundada. Esos pedazos de metal acuñado, que pasan y vuelven a pasar todos los días por las manos, todavía sucias de sudor y de sangre, gastados por los dedos rapaces de los ladrones, los comerciantes, los banqueros, los intermediarios,

de los avaros: esos redondos y viscosos esputos de las Casas de la Moneda que todo el mundo desea, busca, roba, envidia, ama más que el amor y aun que la vida... son los objetos más espantosos de cuantos el hombre fabrica".

Notoria exageración hay en el tomar al pie de la letra, para ridiculizarlo, la frase "nadar en oro", en *Gog*. Naturalmente que nadie puede disfrutar como en un baño confortable, metiéndose con violencia entre monedas, anillos, cadenas de reloj, medallones, broches de toda especie.

Indigencia lamentable de los ricos: "Los ricos, con sus cajas de talentos, de minas, de rupias, de florines... no son sino lamentables pordioseros. Los argentarios del foro, los epulones de Jerusalén, los banqueros de Florencia y de Francfort, los lores de Londres, los multimillonarios de Nueva York, no son, en comparación de los pobres, sino desventurados indigentes, desnudos y necesitados de todo, servidores sin salarios de un amo feroz, ocupados en asesinar todos los días su propia alma. La miseria de estos indigentes es de tal manera espantosa, que se ven reducidos a recoger los pedruscos que se encuentran en el polvo de la tierra, y a burgar en los excrementos. Una miseria tan repugnante que ni los pobres consiguen hacerles la caridad de una sonrisa".

Por lo tanto —y con afirmaciones sin posturas medias que le quiten fuerza—, *la riqueza es un castigo*; un castigo más vergonzoso que el del trabajo; ¿por qué? "El señalado con el sello de la riqueza ha cometido, quizá sin saberlo, un crimen infame, uno de esos delitos misteriosos e imposibles de imaginar, que no tienen nombre en las lenguas de los hombres". En su fogosa elocuencia y en la viva descripción de todo el capítulo "Mammon", va tan lejos el autor que olvida que Jesucristo nunca condenó la riqueza en sí misma, aunque avisó claramente del peligro de su uso; que la Moral admite una herencia limpia, por transmisión de cantidades o posesiones, reunidas con el esfuerzo del trabajo.

"La cueva de los ladrones" —los mercaderes del templo—, le dicta enfebrecidas frases contra el comercio. Tan crudamente se expresa que casi suena a condenación, como si se tratara de un latrocinio legal: "El negocio —ese ídolo moderno— es para Jesús una forma de latrocinio. Un mercado es una cueva de bandidos corteses, de salteadores tolerados... De todos los modos de latrocinio legal que se llama comercio, ninguno tan detestable y merecedor de vituperio como el de la moneda. Todo lo que huele a banco, cambio, descuento, usura, es una vergüenza misteriosa y repelente que ha aterrado siempre a las almas sencillas, es decir, limpias y profundas".

El ansia de riqueza rebaja y degrada, porque la insaciable codicia de lucro turba y corrompe. Los Romanos Pontífices tienen que dominar sus reacciones y ponderar las frases; pero en sus páginas está el

lamento por los abusos de la dictadura económica, del egoísmo en el comercio, sobre todo en los tiempos de escasez. Papini no lima, y burga en la podredumbre moral de los negocios del día: "Las calamidades de las naciones no os afligen porque siempre encontráis la manera de vivir a expensas de la muerte, de atiborraros de comida a costa del hambre, de prosperar con la escasez. Mientras los pobres combaten y mueren, vosotros vendéis a los ejércitos cañones y vituallas; mientras los pobres sufren por la penuria general, vosotros acaparáis las cosas necesarias a la vida para venderlas a precios abusivos. Si hubiese mañana una epidemia de suicidios, os apresuraríais a hacer acopio de venenos y sogas" ("A los Ricos", en *Cartas del Papa Celestino VI*).

Pobres en vuestra riqueza. Porque la presión que la riqueza ejerce, hace al rico incapaz de engrandecerse; es "un estorbo grandísimo al verdadero enriquecimiento del alma", y porque el rico no disfruta de aquello que dice pertenecerle. "Más que vosotros, disfrutaban de vuestros árboles los pájaros: de vuestros cuadros famosos, los que se detienen a contemplarlos; no sois sino consignatarios provisionales, custodios de tesoros que sólo por una convención jurídica, cada vez más discutida, os imagináis poseer."

La pobreza mayor de los ricos: no ser amados. Están continuamente expuestos a asechanzas, atentados, traiciones; para salvaguardar y administrar todo ello necesitan una nube de subalternos que suelen detestarles y engañarles: condenados, por lo tanto, a la desconfianza perpetua, a la inquietud roedora del ánimo, al temor de la infidelidad. Por lo mismo, esa misma riqueza es peso; por estar continuamente amenazada y "porque engendra la pobreza mayor de los ricos: no ser amados". Se les busca por su dinero, no por afecto; se les adula, pero es traicioneramente; no se les quiere.

Sin poder pensar en el alma. El dinero es un dueño despiadado; tirano que no consiente junto a sí otros amos. Por eso el rico tiene que estar dado completamente a él, al afán de aumentarlo, al goce material que le produce, sin poder pensar en su alma. "No hay para él más que una salvación: volver a ser pobre, arrojar de sí la horrenda miseria de la riqueza para entrar de nuevo en la pobreza." Resolución enormemente difícil porque el rico "está prisionero en la cárcel infranqueable de sí mismo. Para libertarse tendría que estar ya en libertad". Pesa directamente sobre él la pregunta de Cristo, ¿qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero si luego pierde su alma? Con una de esas posturas de sabor genuinamente papiniano, concluye uno de los párrafos: "o todo de aquí, o todo de allá".

Como cansado de atacar, y acordándose que tiene también su fuerza la persuasión, hace un desarrollo, un bellísimo contraste ascético entre el pobre de espíritu y el que obedece al dinero: "El primero es un pobre que no consigue gastar toda su inmensa riqueza; el otro es

un rico que nunca llega a evadirse de su ínfima miseria. Quien escoge el espíritu, arroja el oro y todas las cosas que con oro se compran; quien desea el oro, renuncia al espíritu y a todos los beneficios del espíritu: la paz, la santidad, el amor, la perfecta alegría"

No todo es tragedia en los ricos. El rico material, pobre de espíritu, tiene mucho más mérito en su conducta que el auténticamente pobre. "El rico que se ha despojado a favor de los pobres y ha preferido vivir al lado de sus nuevos hermanos, está más próximo aún a la perfección que quien nació y creció en la pobreza. Renunciar a lo que nunca se ha tenido puede ser meritorio, porque la imaginación agranda las cosas ausentes; pero renunciar a cuanto se ha poseído y que de todos fué envidiado, es indicio de suprema perfectibilidad."

Caridad. Hay que inclinar con más frecuencia la mirada hacia los pobres. Hacemos tan poco por ellos que no tenemos derecho a juzgarlos. Quienes los han dejado solos, ¿tendrán corazón para condenarlos? Además, existe una obligación de atenderles con los bienes superfluos: y Jesús, ni aun en su gloria de Juez del último día, olvida a los pobres y a los infelices, a quienes tanto ha amado en su primera vida, y ante quienes promulga "el código de la elección que tiene un solo título: caridad".

Muchos de los improperios, de las recriminaciones, de las ironías, las concreta en personajes tales como Judas, "el más infame que cogió para sí la cosa más infame: el dinero"; el viejo Ford, en visita "desinteresada" para hablar del coste de la producción, a quien le llueven los millones "por el resultado involuntario del sistema altruista y filantrópico" de su producción, el "místico desinteresado de la producción y de la venta (!)"; Lenin, llegar al cual le cuesta unos 20.000 dólares en regalos, sobornos, propinas; el condenado al cual se le permite gandulear en paz en las últimas horas de su vida; el Duque Hermosilla de Salvatierra, español, visitado en su "necrópolis doméstica", pobre loco entre sus vetustos títulos.

* * *

Por descontado que las páginas sobre la pobreza son el reverso. Agua en reposo en el puerto, desde el cual se escucha el rugir de las olas mar adentro.

La pobreza es un bien. Sin el peso muerto de la riqueza, el hombre vive en verdadera libertad. La pobreza absoluta deja libres para la conquista de lo absoluto. El Reino de los Cielos no promete a los pobres hacerlos ricos, sino que quiere que los ricos, para entrar en él, se hagan libremente pobres.

Imitación de Jesucristo. La razón suprema de la dignidad y nobleza del pobre está en la imitación de Cristo, quien celebró, y no por poderes, sus bodas con la pobreza. "Jesús es el Pobre. El príncipe de la pobreza, el señor de la perfecta miseria. El pobre que está

con los pobres, que ha venido para los pobres primeramente, que habla a los pobres, que trabaja para los pobres. El pobre de la grande, absoluta pobreza. En Jesús el amor a la pobreza no es sólo una regla ascética, ni es una túnica orgullosa de la ostentación: es vida, y, como vida, queda practicada y recomendada en el Evangelio, en el cual "la pobreza no es un adobo filosófico, ni una moda mística". La primera prueba de Jesús, la de su nacimiento, voluntariamente escogido el sitio, ya que "no nació en un establo por casualidad". Predicó de la pobreza saliéndole del corazón los conceptos. Y así "el Sermón de la Montaña es el título más grande de la existencia de los hombres... la obra maestra del espíritu en lo más alto de su poder, la patente de nuestra dignidad de seres provistos de alma". Y abre el sermón la sentencia del "Bienaventurados los pobres de espíritu", sobre lo cual hace una inspirada paráfrasis.

Jesús amó con predilección a los pobres, porque tienen menos consuelo: los tenía cerca porque tienen más necesidad de calor y de ser saciados con palabras de amor: los amaba porque los sentía más cerca de su alma, más preparados para entenderle: amaba a los pobres porque hacían más fácil, con el estímulo de la caridad, la renuncia de los ricos.

La pobreza hace felices en la tierra. Si se alcanza la pobreza de espíritu: de lo contrario tendrían los pobres una desgracia mayor que los materialmente ricos. Hay pobres que son pobres porque nunca fueron capaces de ganar nada: pero con avidez de lo que no tienen, desesperándose porque no pueden ser ricos, "miserables ricos que todavía no tienen cuartos", con "el alma inficionada como la de los ricos". La única pobreza que da la verdadera riqueza —la espiritual— es la pobreza voluntaria, aceptada, gozosamente deseada.

El despojarse de la riqueza no es pérdida. Por el contrario, es una ganancia inmensa: a cambio de lo perecedero, la garantía de un tesoro que no perece ni a manos de ladrones, ni comido de la polilla.

Pero... se ha perdido la verdadera tabla de valores. En la "Carta a los Pobres", se dirige a ellos "con más confiada ternura", pero aclarando conceptos, muchos de los cuales escuecen en la carne viva. No es verdad que la Iglesia consuele a los pobres con el espejismo de una felicidad ultraterrena, para asegurar mejor la felicidad demasiado terrenal de los ricos. Aunque, si la igualdad perfecta no es posible en todas partes... las desigualdades debidas solamente al execrable desorden de las sociedades humanas deben ser atenuadas o anuladas. Pero la igualdad y la abundancia no son aún la plena felicidad. Para ser relativamente felices en la tierra, no basta ser asalariados, sin posesiones ni caudal. Es necesario, ante todo, aceptar la pobreza con espíritu de alegría más que de resignación. La indigencia y la penuria, por sí solas, no pueden dar esa bienaventuranza que os fué ofrecida, "sino que se requiere también vuestra colaboración".

Y esa colaboración frecuentemente falta. Se ha perdido la verdadera tabla de valores: aquellos antepasados nuestros que carecían de bienes materiales, frecuentemente tenían una alegría sana, sin miradas sombrías, sin ceños fruncidos, y rostros adustos: ¿y hoy?

Hoy tenéis frecuentemente envidia, que es causa de la enemistad con los ricos; y la envidia es pecado y castigo a la vez, como todos los pecados. Os quejáis demasiado porque, sin aprecio de lo que constituye la riqueza personal que Dios os ha dado, os lleva la ignorante estupidez a desear ardientemente el oro. Buscáis consuelos humanos, y no sabéis disfrutar del ocio necesario para las fiestas del espíritu. Y así "no sois dignos del goce de las riquezas de la pobreza".

Sin esfuerzo se adivina que, tirando por estos derrotados, Papini desemboca en un idealismo utópico: cuando habla del goce que proporciona la naturaleza, de la desnudez para seguir a Cristo en el apostolado, o cuando sueña con el reino que Cristo anuncia, "que crece todos los días con un alma que cambia", en el cual sea todo bueno y justo, que se amen todos, aun los que fueron enemigos, que nadie piense en amontonar tesoros, en quitar nada, sino en dar a quien no posee, a quien tenga hambre y frío...

* * *

Se acercó a la muerte con una gran serenidad. Quedó eternamente en paz —en la paz de Cristo— aquel inmenso inquieto, de fieras sacudidas, aun en el crepúsculo de la vida. Domado quedó y purificado por el dolor "que pule y agiganta".

Confesó a Cristo con una valentía que impresiona: a Cristo y su doctrina: sin torpes paliativos, ya lo hemos visto. Si se pasó de la raya fué por pisotear torpes condescendencias. Cristo, en retorno, recogería en su abrazo de paz al que únicamente se rindió jadeante ante El. Tal vez sus labios moribundos pronunciaron, con absoluta esperanza, la "Oración a Cristo" con que cierra su *Historia*, broche emocional que se escucha y se pronuncia casi obligadamente de rodillas. Cerramos con unas frases de ella: "Tenemos necesidad de Ti, de Ti solo y de nadie más... Contra los que te han olvidado, o estarían dispuestos a crucificarte cuantas veces vinieras a la tierra, nosotros, los últimos, te esperamos todos los días, a pesar de nuestra indignidad. Y todo el amor que podamos obtener de nuestros corazones devastados será para Ti, ¡oh Crucificado!, que fuiste atormentado por amor nuestro y ahora nos atormentas con todo el poderío de tu implacable amor".

F. DEL VALLE, S. I.